

NACIONALISMO Y ARQUEOLOGÍA. DEL VIEJO AL NUEVO MUNDO*

Margarita Díaz-Andreu **

By what authority does archaeology exist, and how is it justified? Who benefits from its practice, and what is its purpose?

Alain Schnapp 1993. *The Discovery of the Past*. p. 11

Europa se ha visto conmovida en esta última época por convulsivos cambios políticos – la Perestroika y el posterior desmembramiento de la URSS, la caída del Muro de Berlín, la proclamación de las distintas democracias en el Este, la guerra en Yugoslavia, el protagonismo tomado por la Unión Europea obsesionada con tendencias unificadoras que a su vez son compensadas con la cada vez mayor autonomía regional en países como España y Gran Bretaña... y todo ello en nombre de, o acompañado por, el resurgimiento de una ideología que ya se creía olvidada, el nacionalismo y por su creencia en el carácter esencial de la nación. La Arqueología, como han demostrado ampliamente trabajos que luego citaré, nunca ha sido indiferente a los cambios políticos. Esta forma parte de las estrategias sociales que arqueólogos y arqueólogas mantienen, bien para entender el mundo en el que viven, para explicarlo, o para crearse un puesto en la escala social aludiendo a problemas en voga en el momento. Así pues, el profundo cambio en el plano (y en el mapa) político actual que ha afectado en especial a Europa es el elemento clave para entender que haya sido fundamentalmente en el viejo continente donde se ha producido en estos últimos años un interés en el

estudio de la contextualización política de la Arqueología, y en investigar el papel del nacionalismo en el devenir arqueológico.

El análisis de la relación entre una teoría política – el nacionalismo – y la ciencia arqueológica ha constituido uno de los campos de estudio de mayor crecimiento en los años noventa. No significa esto que sea esta la primera vez que se reflexiona sobre este tipo de materia, ya que menciones al uso y abuso de los datos arqueológicos con fines políticos se encuentran salteados en numerosos escritos (Clark 1957: 257-61, Bernal 1980, Himmelmann 1976, Fowler 1987 etc.) y autores como Trigger (1984) le dedicaron una atención especial. En esta década de final de siglo se ha producido, sin embargo, lo que podríamos considerar una explosión en este tipo de estudios. Se han publicado casi al mismo tiempo tres libros sobre el tema, el más general de Kohl y Fawcett (1995) titulado *Nacionalismo, Política y la Práctica de la Arqueología*, otro derivado de un congreso sobre *Nacionalismo y Arqueología* (Atkinson et al. 1996) y finalmente el coordinado por Timothy Champion y por mí misma titulado *Nacionalismo y Arqueología en Europa*. Estos libros se ocupan principalmente del caso europeo y en menor medida del asiático. Sobre América Latina se centran los trabajos de, entre otros, Enrique Florescano (1993), Augusto Oyuela-Caycedo (1994), Don Fowler (1987), Gustavo Politis (1992, 1995), Mónica Quijada (1994b, 1994a, 1996), Luis Vázquez León (1996), Jose Luis Lorenzo (1982, 1986, 1997), Irina Podgorny (1995, 1996, 1997), Irida Vargas Arena (1997) y otros que citaré más adelante. De

(*) Artículo proveniente de la comunicación presentada al simposio *Perspectivas y Desarrollo de la Arqueología Europea* organizado por el INAH. México, diciembre de 1997. Se publicará en un libro editado por el Profesor Enrique Florescano.

(**) Department of Archaeology, University of Durham, UK.

ellos se deduce que existen evidentes similitudes pero también grandes diferencias con el caso europeo a las que haré alusión a lo largo de este trabajo. Pese a mi atrevimiento en tratar el tema del nacionalismo en referencia a un área geográfica con la que estoy poco familiarizada, espero que estas notas sean útiles y aporten una visión general comparativa para todos aquellos que se adentren en estos, a veces, tan espinosos asuntos.

En general podemos dividir a los estudiosos del nacionalismo entre los primordialistas, quienes caracterizan a este como una teoría política apoyada en la existencia real de un grupo pre-nacional calificado como étnico (Smith 1994: 706), y los instrumentalistas, más numerosos, quienes consideran que la nación es en cierta forma un producto creado por las élites con el fin de movilizar a las masas (Kedourie 1982 [1960], Breuilly 1982, Gellner 1983, Hobsbawm 1990, Anderson 1991). Smith (1988) divide los tipos de nación entre las cívicas o territoriales y las étnicas o genealógicas. La primera, que correspondería al modelo francés, es aquella que tiene su base en los ciudadanos que habitan un determinado territorio, que tienen iguales derechos y obligaciones, un sistema educativo universal y que comparten una ideología cívica común. La segunda, asociada al modelo alemán, sería aquella que considera las naciones como formadas por individuos que comparten una historia pasada común y que por tanto muestran una cultura diferenciable (Smith 1988). Estos conceptos, que en principio podríamos parecer diametralmente opuestos y de hecho en distintos momentos históricos tuvieron un peso diferente – el primero será el que sirva de base a la revolución francesa y el segundo a la unificación alemana e italiana del siglo pasado –, se diferencian difícilmente en la práctica y su abandono como base de análisis parece lo más adecuado. Son dos caras de la misma moneda y así las trataré en este trabajo.

Una obra que ha tenido una gran influencia en la forma en la que se ha entendido el nacionalismo es la de Eric Hobsbawm (1990). Para este autor el nacionalismo, siguiendo a Gellner, sería fundamentalmente el principio que mantiene que la unidad política y nacional debe ser congruente (1990: 9). Se muestra de acuerdo con Hroch (1985) en cuanto a las fases por las que pasa la formación de la idea de una determinada nación: una primera puramente cultural, literaria y folklórica en la que

no tiene implicaciones políticas o ni siquiera nacionales, una posterior en la que surge la “idea nacional” por parte de un conjunto de pioneros y militantes que cunde en la tercera y última fase en la que la idea de nación se ha impuesto (1990: 11). Hobsbawm (1990) divide la historia del nacionalismo en varios periodos que nos pueden servir como ayuda para visualizar la imbricación de la Arqueología en el proceso y que en este trabajo se emplean como armazón argumentativo: la época tras la revolución francesa, la transformación del nacionalismo entre 1870 y 1918, y el apogeo del nacionalismo entre 1918 y 1950.

Un último especialista cuya obra me parece importante comentar es Benedict Anderson (1991). Este autor argumentó la importancia de la percepción en el nacionalismo. Aunque quizá no insista tanto en este ensayo en esta noción, esta ha sido básica en otros análisis más detallados que sobre la relación entre el nacionalismo y la Arqueología en España he llevado a cabo (Díaz-Andreu 1998a). Para Anderson las naciones no se pueden sólo describir como simples invenciones de los nacionalismos, de las élites, sino que su importancia reside en que son una comunidad política imaginaria, ya que ningún individuo podrá nunca, por muy pequeña que sea su nación, conocer o ni siquiera oír de gran número de otros miembros de su comunidad y pese a ello mantienen todos una imagen de esta. Para Anderson (1991) la posibilidad de imaginar la nación sólo se hizo factible históricamente en el momento en el que ciertas concepciones fundamentales perdieron su carácter axiomático: la religión, el poder monárquico central y absolutista y el concepto de tiempo. Estas últimas ideas, quizá más discutibles, han sido recientemente contestadas en lo referente al caso de la religión por Adrian Hastings (1997).

Los estudios que acabo de mencionar llevados a cabo por sociólogos e historiadores han reflexionado de alguna manera en cómo la búsqueda del pasado histórico se relaciona con el intento de formalizar la idea de la nación, pero sus propuestas se han visto en gran medida complementadas en estos últimos años por los trabajos publicados por parte de arqueólogos/as que lógicamente han profundizado de una manera más concienzuda en la implicación directa de nuestra disciplina en el desarrollo del nacionalismo. Un gran número de estudios se han centrado en los casos más llamativos, los que tienen que ver con el abuso de la

Arqueología por parte de los regímenes totalitarios, el de la Alemania nazi y la Italia fascista (ver Clark 1957: 257-61; Bollmus 1970; Daniel 1975: 323; Rosemann 1977; Schnapp 1977, 1980; Guidi 1988: 63-70; Veit 1988; Arnold 1990; Torelli 1991; Guidi 1996; Wiwjorra 1996 y otros artículos citados en estos), por no decir el de la España franquista (Díaz-Andreu 1993, 1997a, Gilman 1995), pero muchos otros, sobre todo en los últimos años, tratan de temas que no son tan conocidos o evidentes (Kohl 1993, Sklenár 1981, Slapsak 1993). Es mi intención ofrecer en este ensayo una exposición coherente de la complejidad de la relación entre Arqueología y nacionalismo, para lo que me basaré fundamentalmente en estudios realizados desde la Arqueología y la Historia. Mi hipótesis de trabajo inicial es que la profesión arqueológica no existiría si el nacionalismo no hubiera triunfado como ideología política. Esta afirmación lleva a implicaciones que más adelante analizaré con detalle, aunque no significa que la búsqueda del saber que en principio nuestra disciplina persigue quede automáticamente ridiculizada. Más bien definiendo que ser conscientes del contexto socio-político en el que se formulan y avanzan nuestras ideas es imprescindible para hacer la mejor ciencia posible.

Mi relato será pretendidamente lineal por un ánimo simplificador, pese a que el estudio de biografías de los protagonistas de cualquier historia demuestra un panorama infinitamente más complicado. El análisis de las historias personales nos muestra que un mismo individuo puede mantener posturas contradictorias, justificar en unos trabajos la nación subyugada y en otros la subyugadora en las mismas o distintas épocas de su vida, y que identidades otras que la nacional como la étnica, la religiosa y otras menos evidentes como la de género o la misma situación social y económica del sujeto, influyen en su quehacer profesional y en las interpretaciones sobre el pasado derivadas de aquel. Por eso son tan necesarias las reflexiones detalladas, para entender las complejidades de los procesos que yo aquí sólo estoy delineando y que por tanto no incluiré en mi exposición.

La búsqueda de una Edad de Oro y los comienzos de la Arqueología

Como Anthony Smith arguye, el concepto de la nación no se puede sostener sin un pasado ade-

cuado y sin un futuro creíble, lo que requiere que la comunidad se anuncie posesora de una historia y un destino (Smith 1997: 36). Esto se relaciona con una de las paradojas ya apuntadas por Benedict Anderson (1991: 5): la objetiva modernidad de las naciones vs. su subjetiva antigüedad. Según Smith, el pasado – esa parte del pasado seleccionada para formar parte de la historia nacional – debe tener varias características: debe ser útil a las élites, que emplearán un conjunto de aspectos de la historia para manipular las emociones de las masas; por otra parte debe permitir la legitimación del cambio social; en tercer lugar ha de contener una serie de *exempla virtutis*; en caso de que haya algún conflicto de tipo territorial ha de justificar los derechos a la zona en disputa; y por último ha de ser lo suficientemente maleable (Smith 1997: 37-9). Como este autor subraya, la apropiación colectiva del pasado antiguo, y en especial la memoria compartida de una “Edad de Oro” contribuye significativamente a la formación de las naciones. Una Edad de Oro gloriosa ayuda a movilizar a la gente en torno a una cultura común, a permitir la unificación de grupos diferentes identificados ahora con una identidad nacional que intuyen compartir (Smith 1997: 39).

La necesidad de un pasado glorioso para la nación, de una Edad de Oro, es la causa de que la formación del estado moderno que se produce desde finales del siglo XVIII lleve a un aumento significativo de la importancia del estudio del pasado, de la historia. Para que el estudio del pasado sea efectivo la labor del historiador y del arqueólogo ha de profesionalizarse, lo que produce que en el siglo XIX se pase de una concepción de la historia como afición erudita a otra en la que es considerada como una labor profesional. Desde la Revolución Francesa de 1789 los *Estados*, que ahora se definen políticamente como *Naciones*, consideran necesario contar con la narración de su pasado e institucionalizar por un lado la Historia y por el otro la Arqueología como un derivado de aquella. Este proceso cristalizará en la segunda mitad del siglo XIX, alcanzará su punto álgido en la primera mitad del XX para después mantenerse como algo naturalizado hasta la época actual.

Siguiendo las hipótesis de los instrumentalistas, con los que concuerdo, la razón por la que el nacionalismo político surge a finales del siglo XVIII y por tanto hace posible la formación de la Arqueología como disciplina científica es la rup-

tura con el Antiguo Régimen, la posibilidad de la abolición de la Monarquía (de proclamar repúblicas) y por tanto la necesidad de legitimizar la ascendencia de parte del tercer estado, la *intelligentsia*, a gobernantes de la nación. Los relatos monárquicos en forma de crónicas e historias literarias no valen ya, hay que crear narraciones que tomen como protagonistas a los que en el régimen anterior se hallaban en la posición jerárquica más inferior, y la forma de hacerlo es tomando prestado el concepto de nación, un concepto prestigioso, ya que tiene por sí mismo una solera que lo legitima: sobre él los eruditos han estado reflexionando desde comienzos del Humanismo. 1789 es por tanto mi punto de partida, aunque huelga cabe decir que, como siempre pasa en estos casos, en un análisis detallado la fecha no deja de ser un tanto arbitraria. La Revolución Francesa lleva a la definitiva emergencia del concepto de nación como clave en la formación del estado moderno.

Se hace necesario apuntar en este momento de mi exposición que mis opiniones difieren de ciertos autores que recientemente han contrapuesto el nacionalismo a el patriotismo (a lo que expongo a continuación se puede añadir otro ejemplo, aunque alejado del arqueológico, en Leerssen 1996). Según David Brading (1994: 88), el nacionalismo se vio precedido y solapado por el republicanismo clásico cuya expresión política encontró lugar en la Revolución Francesa. La doctrina republicana, según este historiador, “afirmaba que el hombre (sic) era esencialmente un animal político que encontraba su autorrealización como ciudadano de una república libre, alcanzando gloria en su servicio y siempre estando dispuesto a sacrificar su vida en defensa de la patria” (Brading 1994: 88 mi traducción). Disiento, sin embargo, de la tajante contraposición entre nacionalismo y patriotismo que este y otros especialistas proponen, pues como ya he comentado antes la vertiente cultural del nacionalismo proveniente del pensamiento alemán tuvo que estar desde un primer momento presente en el patriotismo, al estar el concepto de patria íntimamente asociado al de nación, como así ya lo han propuesto otros autores. Kedourie, por ejemplo, discute cómo la Revolución Francesa defendió que grupos que no quisieran vivir bajo un gobierno tenían en principio el derecho de formar un nuevo gobierno y así formar una nación propia, lo que según el autor no quisieron hacer

los alsacianos en aquella época (Kedourie 1988: 6). Es indicativo cómo en la explicación propuesta por Kedourie las ideas de la Ilustración que dieron lugar a la Revolución Francesa (las ideas asociadas a la patria) se encadenan sin solución de continuidad con las provenientes de autores como Herder y Fichte (es decir, al pensamiento originario de la nación cultural) (Kedourie 1988: *passim*, esp. 52-3). La patria, por otra parte, necesitaba al igual que su hermana la nación de una historia que la legitimara, de una Edad de Oro que la justificara.

La búsqueda de la Edad de Oro de la nación se basará en la mayoría de los países en un primer momento en el estudio del pasado recogido en el documento escrito. La institucionalización de la Historia, por tanto anterior a la de la Arqueología, se verá acompañada por la profesionalización la labor de archivero y de bibliotecario y para hacerla posible será necesaria la reforma de los planes de estudio y de la forma de enseñar en la universidad. Sólo más tarde le llegará su turno a la Arqueología, que se ha hecho imprescindible para poder solucionar problemas que los documentos más antiguos no pueden resolver. La excepción a este patrón es Dinamarca y hay circunstancias políticas muy particulares que lo explican (Sørensen 1996). En aquel país una serie de derrotas militares que provocan la pérdida de gran parte de su territorio y de su flota, lleva a los historiadores a buscar un pasado glorioso no en la época histórica, plagada de fracasos, sino en lo único que les queda, el solar patrio, la tierra. La vida campesina cobra una importancia clave, y esta, como muestran los túmulos prehistóricos – y por tanto los arqueólogos que interpretan su significado –, enraizan el pasado danés en los remotos tiempos en los que un idílico campesinado, los antepasados de los deprimidos daneses de principios del siglo XIX, habitaban Dinamarca. La esencia de la nación queda simbolizada en el pasado prehistórico y los responsables de su narración reciben las ayudas – la seguridad laboral – pertinentes que les permite realizar su labor, con logros de todos conocidos como la elaboración del Sistema de las Tres Edades.

Alejándome del tema del que siempre he tratado con mayor holgura, el europeo (ver Díaz-Andreu y Champion 1996), mis lecturas sobre la situación en América Latina hacen que resulte obvio afirmar que el nacionalismo fue una ideología importante en la independencia producida en el siglo XIX (vs. Brading 1994). Para que en Amé-

rica surgiera un sentimiento nacionalista opuesto al de la metrópolis que hiciera posible la lucha por la independencia, la intelligentsia debía poseer una identidad grupal que la separase de las élites políticas, pero a la vez estar caracterizada por un alto grado de occidentalización que le permitiera adoptar como propias las ideologías que se estaban abriendo paso en el Viejo Mundo. La criollización de las élites en el momento de la independencia presenta un elemento distintivo que no puede ignorarse en los nacionalismos latinoamericanos. Algunos autores (Phelan 1960; Florescano 1988, 1997; Smith 1997: 43, pero ver crítica en Vázquez León 1996: 78-9) defienden que en países como México se había ya producido una temprana formulación de una Edad de Oro en el periodo azteca previa a la independencia. En el extremo opuesto se encuentra David Brading (1994: 88), quien ha expresado la opinión recientemente (vs. Brading 1988a: 79) de que no será hasta el siglo XX cuando aparezca en Latinoamérica la doctrina nacionalista. No es esta la opinión de otros historiadores (Florescano 1997: 334ss).

En la formación del discurso histórico nacionalista los monumentos constituyeron un elemento valioso, cuyo carácter se formulaba a la medida en que se entendían los restos del pasado más antiguo a principios del siglo XIX, herederos de una larga tradición erudita surgida en el siglo XV y XVI. En esta la descripción de las ruinas y de los elementos a ellas asociadas, principalmente estatuas y – en el caso del Viejo Mundo – monedas, tenía un papel primordial. Este esquema se había adoptado desde un primer momento en la descripción – e incluso excavación, siguiendo el modelo de la metrópoli donde se llevaba desenterrando ruinas clásicas desde el siglo XVI – de los monumentos mexicanos y de otras partes de las colonias castellanas, dando como resultado un copioso legado (Alcina 1995) del que bebieron los primeros latinoamericanos independientes. Esta valoración de los grandes monumentos no se hizo sin problemas, ya que evidentemente estos no se ajustaban al canon clásico. Pese a ello la significación de los restos arqueológicos intentó adecuarse a un discurso nacionalista de corte básicamente europeo según explico más adelante. Los monumentos comenzaron a venerarse como restos de un pasado glorioso precolombino, de esa Edad de Oro que todo nacionalismo necesita. Donde aquellos monumentos no existían, el pasado aborígen tendría que esperar todavía al periodo pos-

terior para despertar algún interés como demuestran los casos de Cuba (Fernández Leiva 1992: 32), Panamá (Cooke 1984) o lo que después será Uruguay (López Mazz 1992).

En los países con monumentos en los que el pasado se integró en la historia nacional desde un primer momento, la recreación del pasado constituyó, como así han resaltado varios autores (Quijada 1994a), una idealización del mundo indígena anterior, y por tanto no implicaba una aceptación del mundo y de los valores indígenas con el que los criollos tenían un contacto diario. Esta actitud no era sino heredera de la situación anterior. A este respecto creo significativo apuntar un suceso ocurrido todavía en las últimas décadas de la colonia en México (Matos Moctezuma 1988, Florescano 1993: 86, Alcina 1995: 122-3, Vázquez León 1996: 79). Tras el descubrimiento de la escultura de Coatlicue en la ciudad de México se dispuso su exposición en el patio de la universidad, tal como se habría hecho en una institución del viejo continente con una escultura griega o romana. La reacción por parte de la población fue muy otra a la que habrían provocado aquellas. Para los indígenas la pieza no pertenecía al pasado idealizado del buen indio, sino que se convirtió en un símbolo de sus propias creencias. En sus visitas se produjo un cierto resurgimiento de cultos no cristianos que escandalizó a los promotores de la idea. Como explicaba un obispo catalán en 1805, los indios no se habían interesado por la estatua por el amor nacional, sino por un secreto motivo de religión (Matos Moctezuma 1990: sin p., 1993: 30-1). Esto hizo que finalmente se considerara necesario retirarla de aquel lugar y volverla a enterrar. Tras otro desentierro y entierro – provocado por la curiosidad de Humboldt en 1803 – sólo el marco nacionalista crearía las condiciones en las que su nueva salida a la luz sea posible entre 1821 y 1824 (Matos Moctezuma 1990: sin p., 1993: 32-3). Ya siendo México independiente, la integración de objetos del pasado precolombino en el Museo Nacional de México abierto en fecha tan temprana como 1825, nos coloca en un contexto espacial muy diferente. En los templos del nacionalismo – los museos –¹ el pasado queda domesticado,

(1) La bibliografía sobre museos y nacionalismo es extensa. Dos trabajos interesantes son los de Kristiansen (1992) y Duncan (1995).

adecuado al discurso nacionalista criollo, alejado de formas distintas a la occidental de aprehender el mundo. En ellos, en él (en el Museo Nacional de México), la exposición de la estatua es de nuevo posible. El marco de referencia es definitivamente ya la nación mexicana.

En el caso de Perú Mónica Quijada (1994a: 368) defiende que “el reemplazo del binomio hispánico ‘Rey’ y ‘Reina’ por el maridaje de la ‘Patria’ con el mítico fundador del Imperio Incaico, Manco Cápac, y la institucionalización del interés de las antigüedades indígenas, eran símbolo y espejo a la vez de la voluntad de que el mito fundacional de la ‘Nación Peruana’ quedara desvinculado de la conquista hispánica y de los siglos de dominación colonial”. Esta efervescencia, que provenía de ideas desarrolladas en los últimos años de la colonia (1994a: 370), llevaría a la exaltación del pasado incaico e incluso a proponer la realización de una nueva gramática quechua, la “lengua general peruana” (1994a: 371, pero ver las contradicciones, de graves consecuencias posteriores, del cuerpo ideológico fundacional de la nación peruana en pp. 372-4).

Pero si en los años veinte la inclusión de las viejas “civilizaciones” en el discurso nacionalista había constituido un elemento esencial en la época de la independencia, en los años cuarenta se produjo una tendencia a la exclusión del indio de la nación (Quijada 1994b: 47-8), que en Arqueología supone la aceptación de las teorías evolucionistas de Morgan (1850, estudio sobre los Iroqueses). La expulsión del indio de la historia nacionalista estuvo relacionada con el conflicto que su imagen creaba con la ordenación de las razas humanas en el universo intelectual decimonónico. En este la raza blanca, en cuya cúspide se situaban los arios, quedaba en la cima de la jerarquización y tras ella se iba descendiendo hasta llegar a las razas de piel más oscura. Ni el latino, ni el criollo ni, lo que es más relevante para el punto que aquí discuto, el indio americano, quedaban evidentemente en buena posición en este esquema. Para el caso de México esta controversia está muy bien explicada por Ignacio Bernal (1980: cap. 7) que para en lo referente a los políticos relaciona a los liberales con las ideas indigenistas y a los conservadores con las hispanistas (1980: 144) (Lorenzo 1982: 197). Este debate sólo será superado en algunos países, por lo menos teóricamente, a finales de aquel siglo (1994: 50-1).

El conflicto en torno a la inclusión del indio en el pasado nacional debió influir de forma im-

portante en que el primer intento de institucionalización de la Arqueología se viera caracterizado por una evidente debilidad. Tras la sorprendente temprana organización en México – el país con monumentos y una intelectualidad organizada – de la Junta de Antigüedades (1822) y del Museo Nacional de México en 1825,² o la legislación promulgada en Perú apenas conseguida la independencia, en 1822, para la protección de monumentos (Bonavia 1984: 110, Chávez 1992: 43-4), que fue seguida por la formación de sociedades, asociaciones y museos, entre ellos el Museo Nacional de Perú de 1826 (Chávez 1992: 45) poco queda a los pocos años. La precaria existencia o efectividad de todos estos esfuerzos parecen ser prueba de la apatía que siguió al primer apoyo entusiasta de los intelectuales criollos al indio en la creación del mito de los orígenes nacionales. Vázquez León, apoyándose en Brading (1973: 220), explica que “tanto el pasado como el presente indígenas eran incompatibles con los afanes del Estado liberal [– dada la asociación del indio con la propiedad comunal de la tierra y el fundado temor en una guerra de castas generalizada –], de ahí la irrelevancia del museo y la arqueología monumental durante buena parte” del siglo XIX (Vázquez León 1996: 83-4, ver también Bernal (1980: 137-9) para lo referente a la significativa historia de los primeros cuarenta años del Museo Nacional Mexicano). En otros países parecen adivinarse problemas semejantes. Así en Guatemala la propuesta de 1831 de la Sociedad Económica de Amigos del País de abrir un museo no tuvo éxito hasta 1866 (Bernal 1980: 139); o en Honduras, donde pese a que la primera declaración de intenciones de proteger Copán se realizó en 1845 sólo se llegó a delimitar el yacimiento en 1874. Como ya he indicado antes, países sin monumentos y con una élite relativamente pequeña ni siquiera parecen tener ejemplos semejantes y si extrapolar el ejemplo de Panamá (Cooke 1984: 10-11) o el de Cuba (Fernández Leiva 1992: 32) me es permitido, ni siquiera en la siguiente fase logrará la Arqueología arrancar en ellos como actividad profesional.

(2) El Museo Nacional de México de 1825 (o de 1831 estrictamente hablando según el profesor Florescano 1993: 89) en realidad era heredero del Conservatorio de Antigüedades de la Universidad de México de 1822 (Florescano 1993: 87).

Hacia el nacionalismo cultural

1870 y 1871 serían los años de unificación de Italia y Alemania que supondrán la definitiva (que no nueva) transformación del concepto de nación de aquel asentado en el estado al basado en la unidad cultural. Este cambio generaliza la posibilidad de que los “pueblos” (es decir, las “naciones”) sin independencia política se consideren con derecho a exigirla. Según Hobsbawm (1990: cap. 4) el nacionalismo de 1870-1918 difería del anterior en que, en primer lugar, abandonó el principio de tamaño (*threshold*), por lo que la comunidad política internacional aceptaba que cualquier grupo, por muy pequeño que este fuera, que se considerara como nación le estuviera permitido pedir su autodeterminación, lo que significaba el derecho a un estado independiente soberano en su territorio. Por otra parte, según nos recuerda Hobsbawm (1990: 102), el elemento étnico y el lingüístico se convirtieron progresivamente en decisivos o incluso en el único criterio para la consideración de la nación. Todo ello conlleva diferencias fundamentales con respecto al periodo anterior que conducen, como he explicado antes, a varios estudiosos a considerar que es en este periodo (y no en el anterior) cuando aparece el nacionalismo propiamente dicho, mientras que las ideas del republicanismo clásico de la Revolución francesa deberían más bien clasificarse como patriotismo (para el caso de México ver Brading 1994: 88). Sin entrar en el debate terminológico, considero que la continuidad entre las dos etapas del siglo XIX es mayor que la que se produce entre estas y la del final del Antiguo Régimen, lo que justifica mi decisión de haber integrado en el apartado anterior los debates que en todo caso se acrecientan a partir de la década de los setenta del siglo XIX.

El cambio de carácter del nacionalismo afectaría a la Arqueología de varias formas: por una parte se produjo un incremento de número de personas interesadas en la búsqueda del pasado a través de los restos arqueológicos, ya que cualquier grupo que decidiera que tenía una personalidad propia – o como se comenzó a decir en aquella época, una *cultura* propia (Díaz-Andreu 1996) – debía demostrarla entre otras cosas a través de la recurrencia a un pasado singular. Por otra parte, y no de forma independiente de lo que acabo de aludir, se reforzó la percepción de una necesidad imperativa de profesionalizar – o consolidar la profesionalización – de la labor del arqueó-

logo y de promulgar una legislación adecuada que protegiera las antigüedades. Es en este momento cuando se produce un cierto empujón a la institucionalización de la Arqueología que sólo había empezado a despuntar en unos pocos países (y con diverso éxito, como he explicado) en el periodo anterior: se organizan numerosos museos, se crean cátedras específicas en la universidad, surgen multitud de sociedades y se celebran las primeras conferencias internacionales. Por último, las nuevas ideas llevaron a un ímpetu novedoso en el estudio comparativo de la Arqueología con la Lingüística y la Antropología, lo que se traduciría a la larga en el desarrollo de la prehistoria más remota (que de momento quedaría parado, sin embargo, por el debate religioso).

En América Latina será en los años setenta cuando, al igual que pasa en el Viejo Mundo (Díaz-Andreu y Champion 1996: 10-11),³ se generalice una cierta institucionalización de la Arqueología. No nos debe sorprender, por tanto, que autores como Luis Vázquez León (1994) escojan para México la fecha de 1885 (y no la de 1825) como origen de la Arqueología profesional. Es en este periodo cuando se regula en aquel país el estudio y la exportación de antigüedades, creándose en el año apuntado la figura del Inspector de Monumentos Arqueológicos (1994: 69, 1996: 87), se abren (o en el caso del Museo Nacional de México se revitalizan (Bernal 1980: 140, Florescano 1993: 90-6)) nuevas instituciones dedicadas al análisis de los objetos arqueológicos (ver también Vázquez León 1996: 85-8), o salgan a la luz publicaciones especializadas como los *Anales* (Bernal 1980: 139, 154). México no es un ejemplo aislado, sino que la oleada institucional abarcará muchos de los países de América Latina, como dejan claros los abundantes ejemplos que expongo más adelante. Como paréntesis quiero resaltar que en todo este movimiento los estudiosos del pasado no están solos. En estos años, así como estaba ocurriendo en Europa, los

(3) De nuevo recalco que la hipótesis de David Brading (1994) de que el nacionalismo no comienza en toda Latinoamérica hasta el siglo XX parece no adecuarse a la comparación entre los procesos institucionales de la Arqueología mexicana y europea. El desacuerdo quizá resida más en un desencuentro terminológico que en una disparidad real. Ya he comentado antes en el texto como otros historiadores como Enrique Florescano (1997) no parecen tener problemas en admitir la existencia de nacionalismo, al menos en lo referente a México.

intelectuales se lanzan en tropel al intento de formalizar la historia de la nación. Surge en Latinoamérica la llamada generación de los ochenta formada por escritores que plasmarán en sus obras la narración de los orígenes de sus respectivas naciones, integrando en este conjunto a literatos como Vicente Fidel López en Argentina, Sebastián Lorente en Perú (Quijada 1996), o Zerda en Colombia (Politis 1995: 200).

En Argentina en 1888 se abre el Museo de La Plata (Podgorny 1997: 749) y en 1890 aparecen dos revistas de carácter científico, la *Revista del Museo de La Plata* y los *Anales*. En Brasil se inauguran tres museos, el Nacional de Rio de Janeiro, el Paraense Emílio Goeldi en Belém y el Paulista en São Paulo, pero es solamente tras la proclamación de la República cuando el gobierno pide a los intelectuales que elaboren una *Historia Nacional* (Schmitz 1994: 24-5). En Chile en 1878 se inaugura la Sociedad Arqueológica de Santiago con una revista de la que únicamente saldrá publicado un número en 1880, algo no tan extraordinario en el contexto europeo, donde hubo casos semejantes. Aparecieron además otras sociedades de carácter científico que incluyeron los estudios arqueológicos en sus quehaceres (Rivera y Orellana 1994: 36-38). En Colombia, Jaramillo y Oyuela-Caycedo (1994: 52) nos indican que en estos años se crean institutos y museos encargados del estudio y conservación del pasado y se revitalizan otros de los ya existentes, además de promulgar leyes para la protección y prohibición de la exportación de antigüedades. Finalmente, según estos autores, la publicación del *Boletín de Historia y Antigüedades* desde 1902 contribuye significativamente a la difusión y concienciación sobre el pasado precolombino (1994: 53). En Perú nos explica Bonavia (1984: 110) que fue en 1893 por Decreto Supremo cuando se creó una Junta Conservadora apoyada por unas juntas sucursales que se encargaban de los monumentos y de organizar las excavaciones. Por último en Venezuela Gassón y Wagner (1994: 130) afirman que desde finales del siglo XIX será el Museo de Ciencias Naturales de Caracas la principal institución dedicada a la Arqueología. Sin embargo, si todos estos ejemplos muestran, como dije más arriba, una cierta institucionalización, también indican una evidente debilidad en estos y otros países latinoamericanos, como lo evidencian casos como el predominio de trabajos de extranjeros – estadounidenses

o europeos – en muchos lugares, a veces con exclusividad, como parece pasar en Guatemala (Schávelzon 1988).

La redefinición del modelo nacionalista que se produce a partir de los años setenta del siglo XIX no afecta sólo a la institucionalización de la Arqueología, sino que está presente igualmente en el tipo de narración que sobre el pasado se realiza. Terminaré mi exposición sobre esta etapa con un ejemplo de la interconexión entre Arqueología, Lingüística y Antropología, áreas que, en conexión con la ideología nacionalista dominante en esta etapa, se hallan claramente relacionadas. Mónica Quijada explica en estos términos el intento realizado por el argentino Vicente Fidel López en los años setenta del siglo XIX en su libro *Les races Aryennes du Pérou* (1871). En este el autor identificaba a la raza aria como la constructora de los monumentos incas basándose en argumentos lingüísticos (el quechua como una forma arcaica de lengua aria o indoeuropea, y por tanto los que la hablaban podían ser considerados como arios (Quijada 1996: 257-9). Las razones para esto eran claras. Al convertir a los incas en descendientes de la raza aria primordial, los americanos pasaban a estar situados en el lugar más alto de la escala de jerarquización de los pueblos. La posición del español quedaba igualmente justificada argumentando que estos últimos no habían hecho sino que continuar la línea de progreso ya establecida. Pero como Mónica Quijada (1996) apunta, el intento de Vicente Fidel López se tiene que contextualizar, por otra parte, en la situación política argentina, ya que personaliza el desencuentro de las hipótesis de López en Argentina en la figura de Bartolomé Mitre (1996: 262-3). Este último, como presidente de la República dos años antes de la publicación del libro de López, había firmado la ley que llevaría a la exterminación de miles de indígenas en la llamada Campaña del Desierto. Mitre no consideraba a los indios capaces de poseer pensamientos abstractos ni de ser capaces de avanzar en la línea del progreso. Con su obra Vicente Fidel López atacaba esta postura y, aún más, acogía la grandeza del pasado inca y la convertía en la de su país.

Para justificar la apropiación del pasado incaico como origen de la nación argentina evidentemente López tuvo que realizar complicadas argumentaciones basadas además de en la topografía, la Antropología y el estudio de las religiones, en la Arqueología. Según él esta demostraba la

existencia de una segunda capital inca, un segundo Cuzco, en el norte de Argentina, que López identificaba con el yacimiento de Inti-Huassi (Quijada 1996: 250). No fue la suya una hipótesis que cayera en el vacío. Las ideas de Vicente Fidel López fueron bien acogidas en el I Congreso de Americanistas de Nancy y posteriormente adoptadas por José Fernández Nodal en Perú y por Couto de Magalhaes en Brasil, aunque en Argentina no disfrutó de tanto éxito (Quijada 1996: 262).

El ejemplo de López viene a indicar, por último, un aspecto en el que este trabajo no va a profundizar: el de cómo las narrativas nacionalistas de los intelectuales de un mismo país no tienen por qué ser homogéneas (sus coetáneos no concordaron con él, como ya he apuntado), ni necesariamente que tener éxito. No creo fuera de lugar insistir, como ya hice en la introducción, que todos estos aspectos tiñen de complejidad cualquier estudio detallado que se haga sobre el tema de la relación entre nacionalismo y Arqueología.

El apogeo del nacionalismo y la Arqueología

La importancia que adquiere la Arqueología en el periodo anterior se ve definitivamente remarcada en el periodo de las guerras mundiales. Hobsbawm (1990: cap. 5) apunta que la guerra de 1914-19 supondrá por una parte el colapso de los grandes imperios multinacionales de Europa central y oriental y por otra parte la revolución rusa que llevará a aceptar en contraposición el principio wilsoniano que intentaba crear un continente netamente dividido en estados territoriales coherentes habitados por poblaciones étnica y lingüísticamente homogéneas. Las guerras por otra parte tuvieron un efecto que será esencial para entender la universalización de la institucionalización de la Arqueología: la necesidad de movilizar a la población hizo imprescindible la creación de ciudadanos. La educación era un elemento esencial para ello y en esta empresa la lectura histórica y la visita al museo constituyeron dos factores claves (Kristiansen 1992). La Arqueología cobraba un auge nunca experimentado antes, llevando en Europa a su definitiva institucionalización en el periodo de entreguerras.

Por otra parte, en la teoría arqueológica el impacto del nacionalismo resultó en el surgimiento de la escuela Histórico-Cultural. Esta suponía un

refinamiento en los métodos de análisis hasta entonces aplicados: inventaba como base del estudio a la “cultura”, entendida esta como una forma primitiva, fundamentalmente esencialista, de “nación” (Díaz-Andreu 1996) y estando resuelto en líneas generales el problema cronológico (media centuria aplicando y reelaborando el esquema de las Tres Edades en cada área), la Arqueología ahora se dedicó a explicitar en sus mapas sus descubrimientos. Pero el carácter esencialista plasmado en la cartografía resultaría a la postre un arma peligrosa en manos de poderes políticos de signo totalitario con grandes problemas económicos derivados de la crisis de 1929. La II Guerra Mundial de 1939-45 y la época que la precedió fue el ejemplo claro de hasta qué punto la Arqueología puede hacer al servicio del Estado porque fue el momento en que de forma más descarada se manipularon sus datos en favor a las hipótesis que los políticos – y que determinados arqueólogos – pretendían imponer (remito de nuevo al lector a los artículos de Clark 1957: 257-61; Bollmus 1970; Daniel 1985: 323; Losemann 1977; Schnapp 1977, 1980; Guidi 1988: 63-70; Veit 1988; Arnold 1990; Torelli 1991; Guidi 1996; Wiwjorra 1996).

Volviendo al ejemplo de América Latina, el conflicto sobre la integración del indio en la historia nacional se polarizó en dos actitudes muy diferentes. El ejemplo más claro de la primera, su exclusión, se dió en los países cuya población es la que menos componente indígena tienen de toda Sudamérica (a lo que refiero a continuación se pueden añadir comentarios para el caso de Uruguay de Cabrera Pérez y Curbelo 1992 y de López Mazz 1992). Según ha estudiado Irina Podgorny (1997: 752) en Argentina las peticiones de los colegios al Museo de la Plata se referían a las colecciones rocas, fósiles y animales disecados, mostrando así una absoluta falta de interés hacia el material etnográfico o arqueológico asociado con las culturas indígenas (Podgorny 1997: 752). El mismo lugar reservado para la exposición de estos últimos, no el Museo Histórico, sino el de Ciencias Naturales de la Plata (Politis 1995: 199) parece apuntar en el mismo sentido. En un texto escrito en 1910 describiendo el primer museo mencionado confirma esta alienación del indígena de la narración histórica nacionalista argentina de principios de siglo:

“Ante todo, yendo nuestras observaciones por orden cronológico, poco o nada encontramos proveniente de la barbarie indígena

na anterior al descubrimiento o la conquista. Los recuerdos de este género no se han excluido por azar o por capricho, sino porque, en realidad, poco o nada debe a aquella barbarie la cultura argentina... Nuestra civilización es legítima descendiente de las antiguas civilizaciones de Europa: Grecia, Roma, España. Más que sus ideales y conocimientos, los indios aportaron o sacrificaron generosamente a la cultura americana, su sangre, su preciosa sangre de pueblos libres y la sangre no se coagula en los museos, sino hierve en las venas!" (Bunge 1910: 54, cit en Podgorny 1997: 750).

Es este tipo de mención explícita podría ser lo que nos diera la pauta final sobre cómo interpretar la deposición de los restos asociados a los indígenas en un museo de Ciencias Naturales y no en uno histórico (ver a este efecto Podgorny y Politis 1990-92). Sin embargo, hemos de mostrarnos cautos a la hora de emplear este ejemplo para explicar otros semejantes como el de Venezuela (Gasson y Wagner 1994: 130) sin tener más datos al respecto. Deducir a partir del museo al que van a parar ciertos restos una exclusión del indio en el relato sobre el origen de la nación, aunque no deja de ser una posibilidad (que parece demostrada para el caso de Brasil según Pedro Funari (1992: 58)), no es la única explicación. De nuevo una comparación con el caso europeo puede ser ilustrativa a este respecto. En la mayoría de los países de Europa en los museos de Ciencias es donde se almacenaron y expusieron los restos más antiguos hasta entrada el siglo XX y tal hecho hay que relacionarlo con la tardía profesionalización del saber prehistórico (en la que influyeron, como he apuntado antes, razones de índole religiosa). Gran parte de los expertos en aquel momento eran geólogos, pues compartían con la labor de prehistoriador el estudio de las capas de la tierra, la búsqueda de sus fósiles directores en ellas. La separación entre los estudios históricos apoyados parcial o totalmente en el documento y los basados fundamentalmente en los restos arqueológicos – sobre todo de los periodos más antiguos – todavía parecía insalvable a principios de siglo.

La segunda actitud de la que hablaba anteriormente la supuso la reintegración definitiva del indio en la historia nacional. El ejemplo tipo de este hecho es México y está personalizado en la figura de Manuel Gamio. Este proclamó la importancia del indígena en la formación nacional me-

xicana, cuya identidad sólo podía derivar de la fusión de las razas, la convergencia y fusión de las manifestaciones culturales, la unificación lingüística y el equilibrio económico de los elementos sociales (Lorenzo 1982: 199; Brading 1988b, 1994: 102-3; Florescano 1993: 99).

El segmento del pasado elegido como Edad de Oro en México fue el azteca. Como explica Anthony Smith (1997: 44), otras civilizaciones que podrían haber ocupado este lugar no tuvieron tanto éxito, como le ocurrió a la maya, demasiado alejada geográficamente del centro político de la nación. "Un nuevo orden político – nos dice Smith (1997: 44) – requería un mito de Edad de Oro que ayudara a unir una nación diversa desde un punto de vista étnico, sugiriendo que se estaba reviviendo de nuevo el momento de independencia nativa y de gloria política pasada". El autor indica que *revival* histórico intentó emplear medios como el utilizado durante el gobierno del presidente Obregón, cuyo ministro de Educación, Vasconcelos, financió a diversos artistas (los celebrados Orozco, Diego Rivera y Siqueiros) para la realización de murales en los que se comunicó una visión heroica de la Edad de Oro azteca. El simbolismo azteca junto con un ideal del meztizaje se llevó a la educación, aunque, según él (1997: 44), con éxito desigual.

La necesidad de crear un pasado nacional que se pudiera transmitir a todos los ciudadanos desembocó en un nuevo reforzamiento de la institucionalización, que sin embargo ahora no resiste una comparación con el caso europeo por sus deficiencias. México, Perú, Brasil, Cuba y Colombia ejemplifican estas afirmaciones. En el primer país la Escuela Internacional de 1911-1920 resulta una iniciativa difícil de clasificar (y en este caso Bernal (1980: cap. 8) sirve de poca ayuda). Según relata George Stoking "Boas se dió cuenta de que la Antropología debía convertirse en indígena si se quería propagar en México. Se debía educar a estudiantes mexicanos, las publicaciones especializadas se debían hacer a nivel local y todos los artefactos y especímenes debían quedarse en el Museo nacional para así inspirar a investigadores nativos y 'educar a la opinión pública'" (Stoking en McVicker 1992: 150). Será en 1931 cuando se cree un subdepartamento en la Facultad de Filosofía y Letras donde se enseñe la Arqueología, teniendo como profesor a Alfonso Caso (Bernal 1980: 161). Pero su pronto fracaso quizá ha impedido la realización de análisis más profundos

sobre la ideología que apoyaba a esta institución. En todo caso sólo desde 1942 la ENAH – Escuela Nacional de Antropología e Historia – instituiría la educación de sus propios profesionales (Vázquez León 1994: 84).

El movimiento indigenista surgido en Perú en los años veinte (Politis 1995: 204, McGuire 1992b) pueda quizá conectarse con el despuntar de la institucionalización de la Arqueología, sólo brevemente esbozada en el periodo anterior. En 1929 se creó el Patronato Nacional de Arqueología y se nombraron inspectores regionales y provinciales, todo ello organizado por Julio C. Tello (Bonavia 1984: 110, Matos Mendieta 1994: 106), aunque, probablemente por falta de medios, el control sobre el patrimonio parece que no obtuvo la efectividad deseada (1994: 109). No me parece que tampoco ayudara la desgana de este arqueólogo de escribir sobre sus investigaciones más que en notas personales y en reportajes de prensa (Daggett 1992), lo que en todo caso parece indicar la poca madurez de la institucionalización. Como indica Ramos Mendieta (1994: 110) en Perú la enseñanza de la Arqueología de alguna manera sólo sería efectiva a partir de finales de los años cincuenta.

Por su parte en Brasil en los años 1930 se crean universidades, se promulgan leyes para proteger el patrimonio que llevan a la creación de un servicio estatal de Arqueología (Schmitz 1994: 26). Sin embargo, el hecho de que sean necesarios años más tarde los seminarios llevados a cabo por los estadounidenses Betty Meggers y Clifford Evans y por los franceses Josef Emperaire y Annette Laming-Emperaire en los sesenta (Schmitz 1994), hace pensar que la institucionalización producida en los años treinta no tuvo gran impacto. En Cuba se crea en 1937 la primera institución encargada de la administración de la Arqueología (Fernández Leiva 1992: 36). En el caso de Colombia Jaramillo y Oyuela-Caycedo (1994) apuntan que es en esta etapa – a partir de 1936 – cuando se comienzan a impartir los primeros cursos de Arqueología en la Escuela Normal Superior. En 1937 se crea el Servicio Arqueológico Nacional (Politis 1995: 206) y en 1941 se produce creación del Instituto Etnológico Nacional (que en 1945 se anexionará al Servicio de Arqueología del Ministerio de Educación) y del Museo Arqueológico y Etnográfico Nacional en Colombia (Jaramillo y Oyuela-Caycedo 1994: 57). Finalmente, ya a finales del periodo que estoy analizando – en 1947 – se crea

en Venezuela el Instituto de Antropología e Historia en la Universidad Central de Caracas (Gassón y Wagner 1994: 132).

Un elemento que hasta ahora no he incluido en este trabajo, pero que evidentemente tiene un papel importante en la discusión de la que se ocupa este ensayo, es el de la “Arqueología colonial”. La definición que ofrece Bruce Trigger, que indica que esta se produjo “durante el periodo colonial, en el que los arqueólogos y etnólogos consideraron las así llamadas culturas tribales del África subsahariana como un museo viviente sobre el pasado” (Trigger 1984: 360, ver también Holl 1990), parece un tanto limitada, y así lo consideran otros autores como Warwick Bray (en Bray y Glover 1987: 116-9), quien aplica este concepto a Latinoamérica durante los dos últimos siglos (aunque como sólo analiza lo concerniente a Gran Bretaña se centra en su mayor parte en el siglo XIX y al área maya en Belize). Pero en la fase histórica de la que trato en este apartado, el caso más evidente de Arqueología colonial en Latinoamérica es la llevada a cabo por Estados Unidos. Elegiré para ilustrar esta afirmación un ejemplo que se refiere a las décadas finales del periodo a debate. En los años cincuenta la reorganización que había comenzado durante la presidencia de Franklin D. Roosevelt en los años treinta coincidirá con un nuevo interés expansivo política y económicamente hacia el sur del continente. La unión de ambos factores llevaría a la subvención de amplios programas arqueológicos en los países latinoamericanos (Patterson 1986: 13-4, cit en Gassón y Wagner 1994: 127). El interés no había sido inocente desde un principio, como explicaba el mismo Julian Steward (1950: xi-xiii, cit en Gassón y Wagner 1994: 127-8):

... con la creciente amenaza bélica y un reconocimiento general de la necesidad de tener un mejor entendimiento en el hemisferio, se produjo una atención solidaria en Latinoamérica. Se crearon centros de estudios latinoamericanos, se planeó investigación interdisciplinaria, y el *American Council* y el *Social Research* crearon un comité conjunto de estudios latinoamericanos que se empleó para coordinar una gran variedad de proyectos. Propuestas semejantes referentes a otras áreas del mundo no tuvieron un respaldo semejante hasta años más tarde... El área de investigación tendía al principio, fundamentalmente durante los años de guerra, a ser una base de infor-

mación en la que se tomaban todo tipo de datos para cualquier tipo de propósito. El objetivo principal, sin embargo, era entender las naciones extranjeras de forma tan profunda que pudiéramos saber qué podíamos esperar de ellas [en el caso de guerra o de conflicto] y esto requiere datos provenientes de las ciencias sociales y de las humanidades.

Trigger (1984) y Bray y Glover (1987) consideran que la reacción a la “Arqueología colonial” fue la de la aparición de la “Arqueología nacionalista”. Sin negar que haya algo de cierto en sus aseveraciones, es decir, que haya una reacción *explícita* nacionalista tras un periodo colonial, creo que la raíz nacionalista de la Arqueología es mucho más profunda (más implícita), como he intentado exponer en este trabajo, y que no es posible la contraposición de ambas, pues forman parte de un mismo entramado. La Arqueología colonial forma parte del componente imperialista que muchos nacionalismos, en el ejemplo discutido el norteamericano, poseen. Pero de una forma un tanto abrupta dejaré el análisis de esta cuestión en este punto pues un estudio amplio de la expresión del colonialismo en la Arqueología latinoamericana sería extenso y a todas luces se sale de los límites de este ensayo, ya que me llevaría a la discusión de otros nacionalismos diferentes a los aquí debatidos.

Para terminar mi análisis de cómo el nacionalismo afectó en esta etapa al devenir arqueológico haré referencia a la producción arqueológica, a cómo las teorías acusan y contribuyen a los cambios en el panorama político. Títulos de libro como el publicado en 1916 por el arqueólogo mexicano Manuel Gamio, *Forjando Patria*, parecen indicar claramente cuál era en este periodo – por lo menos para algunos profesionales – el objetivo final de la Arqueología. En esta obra Manuel Gamio reintegraba Anáhuac como la fundación gloriosa de la historia y la cultura mexicana, al mismo tiempo que rechazaba los cánones estéticos neoclásicos para así exigir una reevaluación del arte nativo (Brading 1988b: 79). Sin embargo, como apunta David Brading (1988b: 76, 87) en última instancia su propósito era el de incorporar las comunidades indias en una sociedad mexicana moderna.⁴ Su

trabajo arqueológico en Teotihuacán se vio complementado por una investigación etnográfica publicada en 1922 en *La población del valle de Teotihuacán*, y de la comparación de resultados de ambas líneas se concluía que los indios mexicanos conservaban una parte esencial, aunque de alguna manera erosionada, de la cultura de sus ancestros. Significativamente sus aseveraciones también se vieron apoyadas por evidencias provenientes de la Lingüística y de la Antropología física (1988b: 78-9). De lo complejo que puede resultar la evaluación de la influencia del nacionalismo en la Arqueología es prueba el hecho de que la defensa realizada por Manuel Gamio del término “cultura” constituyera un avance progresista, ya que surgía como reacción al término “raza”, frecuentemente empleado hasta entonces en la Arqueología americana (1988b: 79). En todo caso, este autor fue uno de los primeros introductores en México de la escuela histórico-cultural.

Sobre el discurso de la escuela que acabo de mencionar, la histórico-cultural, pero en este caso sobre el mantenido por los alemanes trabajando en México, hace una magnífica exposición Luis Vázquez León en su obra *El Leviatán Arqueológico* (1996: apéndice II). Como ya he explicado en varias ocasiones, la base de esta escuela de pensamiento es altamente ilustrativa de cómo los conceptos mantenidos entonces por la ideología nacionalista sobre la naturaleza de los grupos humanos habían calado en las ciencias sociales, y entre ellas en la Arqueología (ver una discusión sobre este tema en Díaz-Andreu 1996). La escuela histórico-cultural continuaría siendo pujante en el periodo posterior, como indica Luis Vázquez León, quien afirma que “la Escuela Mexicana de Arqueología... lejos de haber sido sobrepasada en el orden de las ideas por otras teorías... es en realidad un programa de investigación de filiación difusionista que se reproduce idealmente a través de la conservación de un núcleo duro de principios histórico-culturales” (Vázquez León 1996: 26). Considero importante apuntar, sin embargo, que esta persistencia de la teoría arqueológica surgida a principios de siglo no es única en México o en Latinoamérica, sino que se da en prácticamente todo el orbe, lo que volviendo a las afirmaciones generales que realicé en la introducción es causa a mi entender de que la Arqueología haya desgraciadamente vuelto a cumplir en ocasiones un papel semejante al de la II Guerra Mundial en algunos países (Kohl 1993, Chernykh 1995, Shnirelman 1996: 237).

(4) Expresiones más tardías del mismo tipo de actitudes se pueden encontrar en Carlos Ponce, el ideólogo de la arqueología boliviana (ver Mamami Condori 1980: 47).

La búsqueda de las raíces indígenas: un nuevo reto para la Arqueología

Según se ha ido vislumbrando a lo largo de este ensayo una diferencia fundamental que separa el Viejo y el Nuevo Mundo en la relación entre el nacionalismo y la Arqueología es la cuestión de la vinculación de los ciudadanos de la nación con los protagonistas del pasado. Mientras que en Europa tal nexo no presentaba problemas serios para la narración histórica – es decir, tal parentesco se percibía como real –, en América este fue una asignatura pendiente en todo momento. El discurso histórico pasó de la inadmisión de que los indios hubieran sido los actores del glorioso (en algunos casos – donde había monumentos –) pasado precolombino a la aceptación de este hecho, pero ello no llevó a una consideración positiva de las formas de vida y las costumbres de los indígenas, pues para estos se deseaba la asimilación. Así lo denuncia Carlos Mamami Condori cuando afirma hablando de Bolivia que “el objeto de preocupación fue integrar los restos arqueológicos prehispánicos en el patrimonio cultural ‘boliviano’, y al mismo tiempo integrar la población india en la corriente civilizadora (otro de los principales proyectos nacionales)” (1989: 47). Como hemos visto, esto fue precisamente lo que, según David Brading (1988b: 76, 87), pretendía Manuel Gamio en el México del primer tercio de siglo.

En contraposición a lo anterior en la actualidad se está produciendo un cambio que es todavía modesto pero que está llevando a un giro importante en el papel de la Arqueología. La resolución de algunas comunidades indígenas de hacerse con el control de su pasado a través, entre otros, primero, de la petición a los museos de la devolución de restos arqueológicos y humanos; segundo, de la manifestación de desacuerdos con el modo y los términos en cómo se ha producido la narrativa sobre un pasado que consideran como propio y en consecuencia a la propuesta de narraciones alternativas; y tercero, de su activa participación en museos y del uso consciente de las técnicas arqueológicas para buscar argumentos que legitimicen sus aspiraciones por ejemplo a la devolución de territorios que consideran como pertenecientes a sus etnias por propio derecho, es el comienzo de lo que promete ser un reto importante para la Arqueología latinoamericana. Una primera muestra de demanda a museos de devolución de restos la ofrecen Irina

Podgorny y Gustavo Politis (1990-92: 76). Según estos autores ya se recibió una solicitud en este sentido en 1973, aunque en aquel caso realizada por argentino un hijo de inmigrantes sin ascendientes indígenas. Pese a que el proyecto a la postre, probablemente por razones de cambios de régimen político, no se llevó a cabo, la reclamación se volvió a repetir a finales de los años ochenta, pero ahora significativamente provino de la comunidad indígena. Pretendía esta, como en el momento anterior, enterrar con honores de héroes en un panteón en el cementerio municipal los restos indígenas pertenecientes a unos caciques que se almacenaban en el Museo de La Plata. La respuesta por parte de las autoridades competentes fue negativa (1990-92: 77). Este es sólo un caso de otros tantos que, si hemos de creer por el ejemplo australiano y estadounidense, están a las puertas de producirse, si no lo están haciendo ya, y cuya resolución llevará a serios dilemas y a una revisión de la ética y los fines de la profesión arqueológica mucho más radical a la postre de la que se puede dar en Europa (ver introducción).

Volviendo al caso de Bolivia, Carlos Mamami Condori (1989) relata un ejemplo de la segunda vía que anunciaba más arriba. Para empezar el autor declara escribir desde el punto de los indios, lo que supone un cambio notable con respecto a todo lo anterior. Su escrito comienza con frases como la que sigue y que indican el tono del artículo: “se nos integró bajo la condición de que renunciáramos a nuestro patrimonio cultural, que supuestamente se relegó a los museos, alienado y convertido en un mero recuerdo de un pasado ya muerto”⁵ (1989: 46). Mamami Condori acusa la Arqueología de utilizar el pasado para la creación de la fundación de la nación pero sólo “en el sentido de la Bolivia republicana dominada por los blancos” (1989: 47). La Arqueología nacionalista, según él, a pesar de sus continuas protestas, está firmemente enraizada en la ideología occidental y por lo tanto conlleva un lastre colonialista tras de sí. Sin embargo, quizá incurriendo en una contradicción argumentativa, como reacción a un académico que fechó el nacimiento de la historia boliviana con la llegada del primer español, el autor se lamenta de que la época anterior sólo se considere como *antecedente* y

(5) En este caso, como en todos los del artículo, las traducciones del inglés al castellano son mías.

de que “los indios para ellos [sean] sólo prehistoria, un pasado muerto y silencioso” (1989: 51). En todo caso, no le parece justo que aquellos que se consideran como los herederos de determinadas culturas arqueológicas tengan incluso que pagar como si fueran turistas para visitar las ruinas de “sus” antepasados (1989: 48, comillas mías). Estos lazos de consanguinidad percibida hacen que finalmente Carlos Mamami Condori reclame una “necesidad para volver a ganar el control de nuestro propio tiempo histórico y el fin de la dominación *extranjera* de nuestra historia” (1989: 50, énfasis mío).

El control de su historia es lo que al parecer están llevando a cabo en Colombia los guambianos, un pueblo indígena de las tierras altas de la cordillera Central que a partir de 1980 decidieron recuperar las tierras que según ellos pertenecen a su pueblo y que han sufrido sucesivas usurpaciones a manos de terratenientes (1992: 178-9), como nos relata Luis Guillermo Vasco Uribe (1992). Según la historia oficial los guambianos fueron traídos de Perú y Ecuador como “indios de servicio”, pero este relato entra en contradicción con la tradición oral guambiana (1992: 180). “Queremos saber” dicen ellos, “cómo son la raíz y las ramas para hablarlo al Cabildo, al pueblo, a los niños. Es necesario seguir las huellas de los antepasados”. Para ello su fórmula de búsqueda ha sido acudir a las técnicas arqueológicas. “La arqueología” nos indican, “debe excavar de ese tronco para abajo y buscar la raíz. Hicimos arqueología; la estamos haciendo. Y hemos encontrado algunas cosas. Hemos sabido algo. Y hemos obtenido algunas pistas” (en Vasco Uribe 1992: 179-180). La fecha de 1620 + 50 obtenida en una primera excavación realizada por arqueólogos/as reafirmó la presencia de los guambianos en esa época (1992: 184), identificación étnica deducida sobre la base de la relativa continuidad durante siglos de las tipologías cerámicas (1992: 185) (pero ver posibles críticas en Jones 1997 y Díaz-Andreu 1998b). “Queremos conocer el pasado, pero no sólo para conocerlo sino para con eso trazar el camino hacia adelante” (en Vasco Uribe 1992: 187), un camino que supone recuperar territorios sobre los que ellos reclaman tener derecho. El pasado, de nuevo, es la llave que abre la puerta del futuro.

Una muestra menos radical de este movimiento hacia la activa participación de los indígenas en la labor arqueológica es la que se está dando en ciertos lugares de México en la actualidad, según

experimenté en mi visita en diciembre de 1997 al Museo del Pueblo Maya de Dzibilchaltún, centro abierto al público a principios de los años noventa. Fue este uno de los últimos museos visitados, pero me asombró la diferencia de sus objetivos con respecto a otros de apertura anterior. Ahora ya no se trataba sólo de hacer visitable al público una parte del pasado nacional mexicano en forma de las ruinas del yacimiento arqueológico, sino de “presentar el pasado y el presente del pueblo maya” (Barrera en AAVV 1994: 9). “En las colecciones del museo” – seguimos leyendo en la guía – “se encuentran destacados exponentes de nuestras raíces prehispánicas, la herencia colonial y el sincretismo cultural y religioso de los mayas contemporáneos” (1994: 9). En concordancia con la filosofía de la exposición, el museo mantiene en la actualidad una política abierta hacia la comunidad maya a través de actuaciones como el montaje de un belén en las instalaciones a las que acuden diariamente personas del lugar a mover las figuras, consiguiendo así con esta y otras actividades una participación activa de la comunidad en el museo.

Por último creo importante resaltar la relevancia de proyectos como los dirigidos a recuperar datos sobre las poblaciones de origen africano traídas al continente americano (Funari 1996, 1997, 1998; Rowlands 1998). Los arqueólogos deben trabajar, según Pedro Funari (1998: 10) *con* la comunidad, no para ella, para dar a la gente una mejor comprensión del pasado y del mundo que les rodea. La excavación en Brasil de un yacimiento como el de Palmares, un asentamiento de esclavos huidos que perduró casi todo el siglo XVII (Funari 1996: 30-4), no ha podido llevarse a cabo, según los excavadores, sin la colaboración con activistas negros “para que la gente pudiera entender el sitio y su importancia y pudiera así oponerse al mero disfrute del área arqueológica” (Funari 1998: 11).

Todos estos ejemplos demuestran, a mi entender, una saludable transformación de la Arqueología latinoamericana, pero, al igual que pasa en Europa (ver introducción), ello no nos debe llevar a la ilusión de pensar que el nacionalismo haya dejado de tener su importancia, sino, según creo, más bien todo lo contrario. Pese a lo que Carlos Mamami Condori (1989: 47) afirma, lejos de constituir este movimiento una reafirmación de los modos de vida indios lo que supone, a mi entender, es la definitiva aculturación de las comunidades indígenas, la adopción de formas de narrativa occi-

dentales y en consecuencia su deseo de buscar Edades de Oro que les permitan constituirse en una etnia que se pueda reconocer como tal – y para ello el recurso al pasado es imprescindible – a los ojos de sus propios miembros constituyentes y a la postre, por qué no decirlo, contendientes al otro lado de una mesa de negociaciones. Dicho esto, repito que el cambio me parece bueno (si se realiza en términos de acuerdo de todas las partes y que quizá no sean, dicho sea de paso, los empleados por Carlos Mamami antes referidos, con alusiones a *extranjeros*, etc. en su discurso), pero deja al crítico – a mí en este caso – en una situación delicada ante el tema que se discute en este ensayo.

La disyuntiva en este punto sería plantearse si, después de todo lo ocurrido en estos dos últimos siglos, es posible que la labor arqueológica se lleve a cabo sin estar encuadrada en el marco nacionalista. No he de volver a insistir de nuevo en las condiciones en las que se mueve la labor profesional arqueológica, que se han ido deshilvanando a lo largo de este trabajo. Así, si el vocabulario desarrollado por la Arqueología, si la razón por la que esta es financiada, si sus resultados son habitualmente empleados con fines políticos (además de los científicos, de los que sinceramente tienen que ver con la búsqueda – nunca pura, en todo caso – del saber), si todo ello está relacionado de manera indisoluble con el nacionalismo, parece deducirse que no hay salida a esta situación. La Arqueología es una narrativa creada en un momento histórico que *hoy por hoy* no puede entenderse fuera de él. No poseemos otras formas de comprensión que aquellas que hemos heredado y aunque su transformación es posible, esta nunca podrá ser radical (de ahí el *hoy por hoy* empleado antes y pese al último párrafo de este escrito).

Admitiendo la imposibilidad temporal de hacer Arqueología que no sea a la postre nacionalista (fundamentalmente, repito, por los términos empleados y debido a las áreas geográficas que se ve impelida a escoger como base del estudio) acudo, sin embargo, a autores como Umberto Eco para defender lo que pienso que todavía nos queda: la distinción entre narrativas autorizadas y no autorizadas. Pese a que las ideas de Eco se refieren más bien a textos literarios (Eco 1992, 1994), la filosofía que entrañan permiten su aplicación a los estudios históricos y arqueológicos. Reconociendo que existen posibles vías de interpretación de un mismo conjunto de datos, esto no significa que no haya criterios para calibrar tanto

a estas como a sus oponentes (Eco 1992: 23). Traduciendo en términos arqueológicos las palabras de Eco, podemos afirmar que existe la posibilidad de reconocer hipótesis, interpretaciones, sobre conjuntos de datos que están más autorizadas que otras (que Eco llamaría sobreinterpretaciones) y las que lo están se relacionan en un mayor grado con las (múltiples) lecturas que sobre el patrón arqueológico realizarían los actores que lo crearon. Así, pese a que no sea factible acercarnos por completo a cuáles fueron las motivaciones (de nuevo en plural) por las que el patrón arqueológico formó, y a pesar que como “lectores” del mismo nunca podamos desembarazarnos de nuestro propio sistema de pensamiento – aunque sí podamos discutirlo y por tanto transformarlo –, sí que estamos en posición de saber los límites que tiene nuestra interpretación, y esto nos sirve para ser capaces de negarnos a cualquier abuso que se haga en la interpretación de los datos. La manipulación clara y consciente del registro arqueológico con fines políticos – entre ellos los nacionalistas – no está por tanto autorizada, puesto que quienes lo crearon no se identificaban con una ideología sólo surgida a finales del siglo XVIII. La crítica de nuestro encuadramiento ideológico, por otra parte, no ha de dejarse a un lado. La discusión sobre los términos (como, insisto, el de *cultura arqueológica*), de cómo evitar que la financiación nos lleve a colaborar en la narración de la historia nacional, o de cómo no caer en la trampa de creer que los nuevos discursos étnicos son necesariamente más progresistas, no ha de dejarse un lado.

Este trabajo ha comenzado en Europa para centrarse en América Latina, en las teorías de los historiadores para continuar con lo que los arqueólogos y arqueólogas – como yo – podemos ofrecer al análisis de cómo el estudio del pasado está relacionado con una teoría política, la nacionalista. He dividido mi discurso en etapas, siguiendo la periodización de Hobsbawm (1990), por creer que una presentación ordenada de los datos contextualiza los procesos históricos en su momento, permitiendo además la comparación. Este ensayo ofrece por primera vez una visión general para toda Latinoamérica del marco nacionalista de nuestra disciplina, discutiendo sus peculiaridades. Varios factores han ido surgiendo con insistencia: la cuestión de cómo la presencia de monumentos influyó en la manera en la que se utilizó el pasado con fines nacionalistas, o de cómo la integración del indio en la historia nacional siempre supuso un problema a

resolver. Por último, la aceptación de que *hoy por hoy* la relación entre lo que calificamos como disciplina científica – la Arqueología – y una ideología política – el nacionalismo – es íntima y difícilmente superable, es a mi entender imprescindible como primer paso en una vía que nos lleve a la realización de una crítica profunda y en muchos aspectos radical de nuestra práctica profesional. No deja de ser una ironía, de todas formas, que aquello que ayudó en gran manera a profesionalizar nuestra disciplina sea lo que debemos ahora deconstruir.

Agradecimientos

En primer lugar querría agradecer al inspirador de este trabajo, el profesor Enrique Florescano, que con su amable invitación a participar en el simposio *Desarrollo y Perspectivas de la Arqueología Europea* me impulsó – involuntariamente – a pensar en el varias veces por mí tratado tema del nacionalismo en un área para mí tan desconocida. Querría también dar las gracias a mis colegas europeos (Emmanuele Greco, Sander van der Leuw, Bjornar Olsen, Colin Renfrew, Michael Rowlands, Alain Schnapp

y Marie Louise Sørensen) cuyas críticas en las dos semanas que pasamos juntos en diciembre de 1997 sirvieron para que reflexionara en múltiples aspectos que espero que hayan enriquecido este escrito. Han servido de gran ayuda también los comentarios y lecturas proporcionadas por arqueólogos y arqueólogas mexicanos, en especial Alfredo Barrera, Tomás Gallaeta, Manuel Gándara, Linda Manzanilla, Alejandro Martínez Muriel, Eduardo Matos Moctezuma, Lorena Mirambell, Rubén Morantes, Enrique Nalda, Peter Schmidt, Luis Vázquez León, junto a tantos otros, profesores, investigadores y alumnos, con los que me fui encontrando en mi periplo mexicano, a los que debería de añadir los de Celia Brading, Alejandra Moreno y Analisa Polosa. Las ideas de los historiadores David Brading y Mónica Quijada han sido, por otra parte, esenciales para este escrito. Por último quiero dar mis más sinceras gracias a la Licenciada Guadalupe Lazo, quien nos hizo – y *en particular* me hizo – querer México con su buena disposición e inagotable optimismo y a la antropóloga Dra Margarita Zárate, la amiga que siempre todos esperamos encontrar al otro lado del Atlántico. Todas las opiniones expresadas en este trabajo, sin embargo, son responsabilidad mía.

Bibliografía

- AAVV
1994 *Museo del Pueblo Maya de Dzibilchaltún*. INAH-Salvat. México DF.
- ALCINA FRANCH, J.
1995 *Arqueólogos o anticuarios*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- ANDERSON, B.
1991 *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. 2a Edición. Londres: Verson.
- ARNOLD, B.
1990 The past as propaganda: totalitarian archaeology in Nazi Germany. *Antiquity*, 64: 464-78.
- ATKINSON, J.A.; BANKS, I.; O'SULLIVAN, J. (Eds.)
1996 *Nationalism and Archaeology*. Glasgow: Cruithne Press.
- BERNAL, I.
1980 *A History of Mexican Archaeology*. New York: Thames and Hudson.
- BOLLMUS, R.
1979 *Das Amt Rosenberg und seine Gegner*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt.
- BONAVIA, D.
1984 Peru. H. Cleere (Ed.) *Approaches to the Archaeological Heritage*. Cambridge, Cambridge University Press: 109-115.
- BRADING, D.
1973 *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Sep-Setentas.
1988a *Mito y profecía en la Historia de México*. México: Vuelta.
1988b Manuel Gamio and Official Indigenismo in Mexico. *Bulletin of Latin American Research*, 7 (1): 75-89.
1991 *The First America. The Spanish Monarchy. Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*. Cambridge: Cambridge University Press.
1994 Nationalism and State-Building in Latin American History. *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 20 (1-2): 83-108.
- BRAY, W.; GLOVER, I.C.
1987 Scientific investigation or cultural imperialism: British archaeology in the Third World. *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 24: 109-25.
- BREUILLY, J.
1982 *Nationalism and the State*. Manchester.
- BUNGE, C.O.
1910 *Nuestra patria. Libro de lectura para la educación nacional. Lecturas para 5° y 6° grados de las escuelas primarias*. Buenos Aires: Estrada.

- CABRERA PÉREZ, L.; CURBELO, M. DEL C.
1992 Patrimonio y Arqueología en el Uruguay: hacia el reconocimiento de un pasado olvidado. G. Politis (Ed.) *Arqueología en América Latina Hoy*. Bogotá, Biblioteca del Banco Popular: 45-56.
- CHÁVEZ, S.J.
1992 A methodology for studying the History of Archaeology: an Example from Peru (1524-1900). J.E. Reyman (Ed.) *Rediscovering our Past: Essays on the History of American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Aldershot, Avebury: 35-49.
- CHERNYKH, E.N.
1995 Postscript: Russian archaeology after the collapse of the USSR – infrastructural crisis and the resurgence of old and new institutions. Ph. Kohl; C. Fawcett (Eds.) *Nationalism, Politics and the Practice of Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press: 139-148.
- CLARK, J.G.D.
1957 *Archaeology and society*. 3ª edición. Londres: Methuen.
- DAGGET, R.E.
1992 Tello, the Press and Peruvian Archaeology. J.E. Reyman (Ed.) *Rediscovering our Past: Essays on the History of American Archaeology*. Aldershot, Avebury: 191-202.
- DANIEL, G.E.
1975 *150 years of archaeology*. Londres: Duckworth. [traducido como *150 años de Arqueología*. México, FCE].
- DÍAZ-ANDREU, M.
1993 Theory and ideology: Spanish archaeology under the Franco regime. *Antiquity*, 67: 74-82.
1996 Constructing identities through culture. The past in the forging of Europe. S. Jones; C. Gamble; P. Graves (Eds.) *European Communities: Archaeology and the Construction of Cultural Identity*. Londres, Routledge: 48-61.
1997 Prehistoria y Franquismo. G. Mora; M. Díaz-Andreu (Eds.) *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Madrid y Málaga, Ministerio de Cultura y Universidad de Málaga: 547-552.
1998a Nationalism, ethnicity and archaeology. The archaeological study of Iberians through the looking glass. *Journal of Mediterranean Studies*.
1998b Ethnicity and Iberians. The archaeological crossroads between perception and material culture. *European Journal of Archaeology*, 1 (2).
- DÍAZ-ANDREU, M.; CHAMPION, T.
1996 Introduction. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Archaeology and Nationalism in Europe*. Londres, UCL Press: 1-23.
- DÍAZ-ANDREU, M.; CHAMPION, T. (Eds.)
1996 *Nationalism and Archaeology in Europe*. Londres: UCL Press.
- DUNCAN, C.
1995 *Civilizing Rituals. Inside Public Art Museums*. Londres: Routledge.
- ECO, U.
1992 Interpretation and History. S. Collini (Ed.) *Umberto Eco. Interpretation and overinterpretation*. Cambridge, Cambridge University Press: 23-43.
1994 *The Limits of Interpretation*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.
- EVANS, C.; MEGGERS, B.J.
1973 United States “imperialism” and Latin American archaeology. *American Antiquity*, 38: 257-8.
- FERNÁNDEZ LEIVA, O.
1992 Desarrollo del pensamiento arqueológico en Cuba. G. Politis (Ed.) *Arqueología en América Latina Hoy*. Bogotá, Biblioteca del Banco Popular: 33-44.
- FITZGERALD, C.M.
1994 Panama: Archaeology, Archaeologists and Recent Developments. A. Oyuela-Caycedo (Ed.) *History of Latin American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Aldershot, Avebury: 90-103.
- FLORESCANO, E.
1988 *Memoria mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.
1997 *Etnia, Estado y Nación*. México: Aguilar.
- FOWLER, D.D.
1987 Uses of the past: archaeology in the service of the state. *American Antiquity*, 52 (2): 229-248.
- FUNARI, P.P.A.
1992 La Arqueología en Brasil: política y academia en una encrucijada. G. Politis (Ed.) *Arqueología en América Latina Hoy*. Bogotá, Biblioteca del Banco Popular: 57-69.
1996 A arqueologia de Palmares. Sua contribuição para o conhecimento da história da cultura afro-americana. J.J.Reis; F.dos Santos Gomes (Eds.) *Liberdade por um fio*. São Paulo: Campanha das Letras.
1997 Contribuições da Arqueologia para a interpretação do Quilombo dos Palmares. Mesa Redonda Arqueologia e Escravidão: problemas e perspectivas. Sin publicar.
1998 Destruction and conservation of cultural property in Brazil: academic and practical challenges. Comunicación para presentar en el World Archaeological Congress. Inter-congress on the Destruction and Conservation of Cultural Property, Croatia. May 1998. Sin publicar.
- GAMIO, M.
1916 *Forjando Patria*. México: Porrúa.
- GASSÓN, R.; WAGNER, E.
1994 Venezuela: Doctors, Dictators and Dependency (1932 to 1948). A. Oyuela-Caycedo (Ed.) *History of Latin American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Aldershot, Avebury: 124-136.
- GELLNER, E.
1983 *Nations and Nationalism*. Oxford: Basil Blackwell.
- GILMAN, A.
1995 Recent trends in the archaeology of Spain. K. Lillios (Ed.) *The Origin of Complex Societies*

- in *Late Prehistoric Iberia*. Archaeological Series 8. Ann Arbor, International Monographs in Prehistory: 1-6.
- COOKE, R.G.
1984 *El rescate arqueológico en Panamá: historia, análisis y recomendaciones*. Colección El Hombre y su Cultura 2. Instituto Nacional de Patrimonio Histórico. Panamá.
- GUIDI, A.
1988 *Storia della paleontologia*. Roma: Laterza.
1996 Nationalism without a nation: the Italian Case. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Nationalism and Archaeology in Europe*. Londres, UCL Press: 108-118.
- HASTINGS, A.
1997 *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*. Cambridge, Cambridge University Press.
- HIMMELMAN, N.
1976 Die Antike in der Ideologie des nationalistischen Staates. *Utopische Vergangenheit. Archäologie und moderne Kultur*. Berlin, Mann: 119-130.
- HOBBSAWM, E. J.
1990 *Nations and Nationalism since 1780*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HOLL, A.
1990 West African archaeology: colonialism and nationalism. P. Robertshaw (Ed.) *A History of African Archaeology*. Londres, James Currey: 296-308.
- HROCH, M.
1985 *Social preconditions of national revival in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- JARAMILLO, L.G.; OYUELA-CAYCEDO, A.
1994 Colombia: a Quantitative Analysis. A. Oyuela-Caycedo (Ed.) *History of Latin American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Aldershot, Avebury: 49-68.
- JONES, S.
1997 *The Archaeology of Ethnicity*. Londres: Routledge.
- KEDOURIE, E.
1988 *Nacionalismo*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- KOHL, P.
1993 Nationalism, politics and the practice of archaeology in Soviet Transcaucasia. *Journal of European Archaeology*, 1: 181-9.
- KOHL, P.; FAWCET, C. (Eds.)
1995 *Nationalism, Politics and the Practice of Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KRISTIANSEN, K.
1992 The strength of the past and its great might: an essay on the use of the past. *Journal of European Archaeology*, 1: 3-32.
- LEERSSEN, J.
1996 Around the Uniton: Patriotism into Nationalism. En *Remembrance and Imagination*. Cork, Cork University Press y Field Day: 8-32.
- LÓPEZ MAZZ, J.M.
1992 La reconstrucción del pasado, la identidad nacional y la labor arqueológica: el caso uruguayo. G. Politis (Ed.) *Arqueología en América Latina Hoy*. Bogotá, Biblioteca del Banco Popular: 167-157.
- LORENZO, J.L.
1982 Archaeology south of the Rio Grande. *World Archaeology*, 13: 190-208.
1986 *La arqueología mexicana y los arqueólogos norteamericanos*. Departamento de Prehistoria. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México DF.
1997 La arqueología mexicana como monopolio del Estado. G. Mora; M. Díaz-Andreu (Coords.) *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*. Ministerio de Cultura y Universidad de Málaga. Madrid y Málaga: 739-746.
- LOSEMANN, V.
1977 *Nationalsozialismus und Antike*. Hamburgo: Hoffmann & Campe.
- MAMAMI CONDORI, C.
1989 History and prehistory in Bolivia: what about the Indians? Robert Layton (Ed.) *Conflict in the Archaeology of Living Traditions*. Londres, Unwin Hyman: 46-59.
- MATOS MENDIETA, R.
1994 Peru: some comments. A. Oyuela-Caycedo (Ed.) *History of Latin American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Aldershot, Avebury: 104-123.
- MATOS MOCTEZUMA, E.
1988 *Obras maestras del Templo Mayor*. México: Fomento Cultural Banamex.
1990 Nota a la edición facsimilar. *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*: sin paginar. México: INAH.
1993 *Tríptico del pasado. Discurso de Ingreso*. México: Colegio Nacional.
- McGUIRE, R.H.
1992a Archaeology and the first Americans. *American Anthropologist*, 94: 816-836.
1992b *A Marxist Archaeology*. San Diego: Academic Press.
- McVICKER, D.E.
1992 The Matter of Saville: Franz Boas and the Anthropological Definition of Archaeology. J. E. Reyman (Ed.) *Rediscovering our Past: Essays on the History of American Archaeology*. Avebury: 145-160.
- MORA, G.; DÍAZ-ANDREU, M. (Coords.)
1997 *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*. Ministerio de Cultura y Universidad de Málaga. Madrid y Málaga.

- OYUELA-CAYCEDO, A.
1994 Nationalism and archaeology: a theoretical perspective. Oyuela-Caycedo, A. (Ed.) *History of Latin American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Avebury, Aldershot: 3-21.
- OYUELA-CAYCEDO, A. (Ed.)
1994 *History of Latin American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Avebury: Aldershot.
- PATTERSON, T.
1986 The last sixty years: towards a social history of Americanist archaeology in the United States. *American Anthropologist*, 88: 7-26.
- PHELAN, J.
1960 Neo-Aztecism in the Eighteenth century and the Genesis of Mexican Nationalism. S. Diamond (Ed.) *Culture in History: Essays in Honour of Paul Radid*. Nueva York: 760-70.
- POLITIS, G. (Ed.)
1992 *Arqueología en América Latina Hoy*. Bogotá: Bliiblioteca del Banco Popular.
1995 The Socio-Politics of the Developmen of Archaeology in Hispanic South America. P. J. Ucko (Ed.) *Theory in Archaeology. A World Perspective*. Londres, Routledge: 197-228.
- PODGORNY, I.
1995 De razón a facultad: ideas acerca de las funciones del Museo de la Plata en el período 1890-1918. *Runa*, XXII: 89-104.
1996 Un conflicto académico relacionado con la institución de la ciencia en la Argentina de los años veinte. *Ciencia Hoy*, 6 (34): 60-4.
1997 ¿A quién entregar las reliquias nacionales? La organización del Museo de la Plata, Argentina, entre 1880 y 1916. Mora, G.; Díaz-Andreu, M. (Coords.) *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*. Ministerio de Cultura y Universidad de Málaga. Madrid y Málaga: 747-754.
- PODGORNY, I.; POLITIS, G.
1990/ ¿Qué sucedió en la historia? Los esqueletos araucanos del Museo de la Plata y la Conquista del Desierto. *Arqueología Contemporanea*, 3: 73-9.
1992
- QUIJADA MAURIÑO, M.
1994a De la colonia a la República: inclusión, exclusión y memoria histórica en Perú. *Histórica*, XVIII (2): 365-382.
1994b ¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX. F.-X. Guerra; M. Quijada (Eds.) *Imaginar la Nación*. Cuadernos de Historia Latinoamericana 2: 15-51.
1996 Los "incas arios": historia, lengua y raza en la construcción nacional hispanoamericana del siglo XIX. *Histórica*, XX (2): 243-269.
- REYMAN, J.E. (Ed.)
1992 *Rediscovering Our Past: Essays on the History of American Archaeology*. Avebury: Aldershot.
- RIVERA, M. A.; ORELLANA, M.
1994 Chile: Institutional Development and Ideological Context. A.Oyuela-Caycedo (Ed.) *History of Latin American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Aldershot, Avebury: 36-48.
- ROWLANDS, M.
1998 Black identity and sense of past in Brazilian national culture. P.P.A. Funari; S. Jones; M. Hall (Eds.) *Back from the Edge. Archaeology in History*. Londres: Routledge.
- SCHÁVELZON, D.
1988 Las excavaciones en Zaculeu (1946-1950): una aproximación al análisis de la relación entre arqueología y política en América Latina. N.J. Saunders; O. Montmollin (Eds.) *Recent Studies in Pre-Columbian Archaeology I*. BAR International Series 421(I). Oxford: 167-190.
- SCHMITZ, P.I.
1994 Brazil: Tendencias and Growth. A.Oyuela-Caycedo (Ed.) *History of Latin American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Aldershot, Avebury: 22-35.
- SCHNAPP, A.
1977 Per una discussione sul classicismo nell'età dell'imperialismo, IV: Archéologie et nazisme. *Quaderni di Storia*, 5: 1-26.
1980 Archéologie et Nazisme (II). *Quaderni di Storia*, 11: 19-33.
1993 *The Discovery of the Past*. Londres: British Museum Press.
- SHNIRELMAN, V.A.
1996 The faces of nationalist archaeology in Russia. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Archaeology and Nationalism in Europe*. Londres, UCL Press: 218-242.
- SKLENÁR, B.
1993 The history of archaeology in Czechoslovakia. G. Daniel (Ed.) *Towards a history of archaeology*. Londres, Thames & Hudson: 150-8.
- SLAPSAK, B.
1993 Archaeology and the contemporary myths of the past. *Journal of European Archaeology*, 1: 191-5.
- SMITH, A.
1988 The myth of the 'Modern Nation' and the myths of nations. *Ethnic and Racial Studies*, 11: 1-26.
1994 The politics of Culture: ethnicity and nationalism. T. Ingold (Ed.) *Companion Encyclopedia of Anthropology*. Londres: Routledge.
1997 The 'Golden Age' and national renewal. G. Hosking; G. Schöpfung (Eds.) *Myths and Nationhood*. Londres, Hurst: 36-59.
- SORENSEN, M.L.
1996 The fall of a nation, the birth of a subject: the national use of archaeology in nineteenth-century Denmark. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Archaeology and Nationalism in Europe*. Londres, UCL Press: 24-47.
- STEWART, J.
1950 *Area Research. Theory and Practice*. New York: Social Sciences Research Council.

TORELLI, M.

- 1991 Arqueología e fascismo. J. Arce; R. Olmos (Eds.) *Historiografía de la arqueología y de la Historia antigua en España*. Madrid, Ministerio de Cultura: 243-9.

TRIGGER, B.G.

- 1984 Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist. *Man*, 19: 355-70.

VARGAS ARENAS, I.

- 1997 La institucionalización de la arqueología en Venezuela. Mora, G.; Díaz-Andreu, M. (Coords.) *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*. Ministerio de Cultura y Universidad de Málaga. Madrid y Málaga: 755-762.

VASCO URIBE, L.G.

- 1992 Arqueología e Identidad: el caso guambiano. G. Politis (Ed.) *Arqueología en América Latina Hoy*. Bogotá, Biblioteca del Banco Popular: 176-191.

VÁZQUEZ LEÓN, L.

- 1994 Mexico: the Institutionalization of Archaeology, 1885-1942. A. Oyuela-Caycedo (Ed.) *History of Latin American Archaeology*. Worldwide Archaeology Series. Aldershot, Avebury: 69-89.
- 1996 *El Leviatán Arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*. Leiden: Research School CNWS.

VEIT, U.

- 1988 Ethnic concepts in German prehistory: a case study on the relationship between cultural identity and archaeological objectivity. S. Shennan (Ed.) *Archaeological approaches to cultural identity*. Londres, Unwin Hyman: 35-56.

WILK, R.

- 1985 The ancient Maya and the political present. *Journal of Anthropological Research*, 41: 305-26.

WIWJORRA, I.

- 1996 German archaeology and its relation to nationalism and racism. M. Díaz-Andreu; T. Champion (Eds.) *Archaeology and Nationalism in Europe*. Londres, UCL Press: 164-188.